

PECADO Y LIBERTAD HUMANA LA ESCLAVITUD DEL PECADO

(San Juan Crisóstomo en sus homilías sobre
la Epístola a los Romanos)¹

KLAUS LIMBURG

El tema central de la Epístola a los Romanos es el Evangelio de la salvación por parte de Dios para todo creyente (cfr. Rom 1,16 s). Antes de desarrollar, sin embargo esta temática desde su lado positivo, i.e. la justificación del hombre por la fe (cfr. 3,26-4,23), el Apóstol nos la presenta desde su lado negativo: la ira de Dios que se manifiesta sobre toda iniquidad humana (cfr. 1,18); tanto gentiles como judíos, todos han pecado y están privados de la gracia divina (cfr. 3,23). En dos largos capítulos se describe cómo unos y otros se han hecho culpables de esta privación (1,18-3,23), y señala también cuál es la raíz última del pecado en el mundo: el pecado de Adán que también fue una transgresión consciente y voluntaria del mandato divino (5,12-19)².

Ofrecemos a continuación los rasgos fundamentales de la exégesis de San Juan Crisóstomo sobre este tema: la esclavitud del pecado, desde la perspectiva de las estrechas relaciones que existen entre el pecado y la libertad humana. Estudiaremos en primer lugar el pecado original que, tanto por su influjo en todo el género humano como por la importancia en Rom, merece una mención especial. Después, trataremos del pecado personal: sus posibles causas, su naturaleza y sus efectos.

El pecado original en nuestros primeros padres

Siguiendo la doctrina tradicional de la Iglesia, basada en las

1. La presente comunicación es un extracto de la Tesis doctoral del autor, presentada en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

2. Cfr. R. GROSCHE, *Kommentar zum Römerbrief* (Werl 1975), p. 47.

mismas palabras de San Pablo³, el Crisóstomo enseña que el pecado original fue un pecado determinado, personal y culpable de un solo hombre: Adán⁴. Más en concreto, fue un pecado de desobediencia: la transgresión del precepto que Dios había dado en el paraíso⁵. Tampoco cabe duda acerca del hecho histórico; aparte el hincapié que nuestro autor hace en que ha sido un pecado de un solo hombre, habla también claramente de la materia del precepto divino: el fruto del árbol⁶.

En cuanto a las causas de este primer pecado, el Crisóstomo señala por un lado la instigación del diablo, el engaño mediante el cual Satanás sedujo a nuestros padres⁷; habla también del precepto divino que dio ocasión al pecado, pero dejando al mismo tiempo claro la culpabilidad personal de Adán y Eva⁸. Es más, las condiciones favorables en las que se encontraban, revisten de una gravedad especial a este pecado⁹.

El pecado original como herencia en nosotros

Es además doctrina constante de la Iglesia, que tiene su fundamento escriturístico precisamente en Rom 5, sobre todo en los vv. 12 y 19, que este pecado de Adán pasó como herencia —de la culpa y de la pena— a toda su descendencia.

3. La doctrina del Crisóstomo sobre el pecado original se encuentra lógicamente sobre todo en su comentario sobre Rom 5.

4. Cfr. hom. X, *passim*; en concreto las citas que vienen a continuación.

5. Cfr. PG 60, 475: San Pablo «no deja de hablar de este uno, para que cuando te dice el judío: ¿Cómo, por el recto obrar de uno, de Cristo, todo el mundo se ha salvado?, tú le puedes decir: ¿Cómo, por la desobediencia de uno, de Adán, todo el mundo fue condenado?». Esto supone que —según la opinión del Crisóstomo— los judíos conocían de alguna manera las consecuencias universales del pecado de Adán. Por esto, cfr. A. GÜEMES, *La libertad en San Pablo. Un estudio sobre la ἐλευθερία paulina*. (Pamplona 1971), p. 142, nota 5: «Ya el AT, como el judaísmo, había considerado el Pecado de Adán como la fuente de funestas consecuencias: privación de la justicia original, principio de una tensión constante entre fuerzas opuestas interiores en el hombre, raíz de los pecados voluntarios y de la muerte».

6. Cfr. PG 60, 474: «Después de haber caído aquél (scil. Adán), también quienes no comieron del árbol, se tornaron a causa de aquél todos mortales»; *ibid.*, 476: «¿Qué es lo que ha armado la muerte contra el mundo entero? — El haber comido un solo hombre del árbol».

7. Cfr. PG 60, 484, donde comenta las palabras de la serpiente en Gen 3,5.

8. Cfr. PG 60, 500: «Eva, por haber seducido a Adán para que comiera del árbol, le ha expulsado del paraíso; pero la culpa no fue del árbol, aunque él dio la ocasión (ἄφορμή)».

9. Por falta de espacio no podemos desarrollar aquí este punto en toda su amplitud; cfr. sólo PG 60, 486: «Adán ha caído, cuando todavía no tuvo un cuerpo mortal».

El Crisóstomo enseña claramente en sus comentarios la herencia de la pena, sobre todo en cuanto a la mortalidad y pasibilidad¹⁰. Queda también muy claro que esta herencia se transmite a través de la generación corporal, de manera que afecta a todo el género humano¹¹. Habiendo sido Adán constituido por Dios en cabeza del género humano, esto explica de alguna manera la misteriosa solidaridad de toda su descendencia en su pecado. Como indica el mismo Crisóstomo, San Pablo nos habla de este misterio, sin decirnos el porqué¹². Sin embargo, tanto el Apóstol como nuestro autor al comentarlo, recalcan el papel decisivo de Adán: él es tipo de Cristo¹³.

Siendo así muy clara la enseñanza del Crisóstomo acerca de la herencia de la pena, no puede decirse lo mismo por lo que se refiere a la herencia de la culpa.

Comentando la tan discutida expresión de San Pablo en Rom 5, 12: ἐφ' ᾧ πάντες ἥμαρτον, nuestro autor expone: «Habiendo caído éste, también aquellos que no comieron del árbol se volvieron, a causa de él (ἐξ ἐκείνου), todos mortales»¹⁴. Al interpretar la expresión ἥμαρτον por «se volvieron mortales», habla sólo de la muerte como pena debida al pecado, diluyendo la afirmación clara del Apóstol acerca de la culpa.

Esa misma tendencia se observa, más claramente aún, en su comentario sobre Rom 5,19. Sin tener inconveniente alguno en afirmar la herencia de la pena, suaviza en su interpretación la palabra fuerte del Apóstol ἁμαρτωλοί: «Este pasaje, al parecer, presenta una dificultad bastante grande. (...) Porque aunque por un lado no es nada inverosímil que, después de haber pecado Adán y haberse hecho él mortal, los que nacen de él sean también mortales, sin embargo

10. Cfr. PG 60, 474 y 476.

11. Cfr. PG 60, 475 y 477, donde utiliza la expresión οἱ ἐξ αὐτοῦ (scl. Adán).

12. Cfr. PG 60, 477: «Después de haber demostrado que la pena se ha derivado de uno o todos, no añade el porqué de este hecho». Según A. THEISSEN, *Epístola a los Romanos*, en *Verbum Dei, Comentario a la Sagrada Escritura*, IV (Barcelona 1959), p. 108, el hecho de dar por supuesto el Apóstol en su argumentación la doctrina del pecado original y tratar de ella sólo en vistas a su objetivo principal, «es probablemente causa de muchas de las oscuridades del pasaje en este aspecto concreto».

13. Cfr. PG 60, 475: τύπος ἐστὶν Ἰησοῦ Χριστοῦ ὁ Ἀδάμ. L. TURRADO, *Epístola a los Romanos*, en *Biblia Comentada*, VI (Madrid 1965), p. 292, subraya la misma idea: «Para San Pablo, Adán y Jesucristo son como dos cabezas o troncos de raza que arrastran en pos de sí a toda la humanidad: el primero llevándola a la perdición, el segundo devolviéndole los dones perdidos e incluso enriqueciéndole con otros mayores».

14. PG 60, 474. Añadimos que este comentario, basado en el texto original griego ἐφ' ᾧ, apoya bastante el sentido de la Vulgata *in quo*, ya que el Crisóstomo lo refiere claramente a Adán, entendiéndolo en sentido causal (ἐξ ἐκείνου).

afirmar que por la desobediencia de uno, otro se hace pecador, ¿qué consecuencia tendría eso? Éste entonces no tendría que sufrir la pena, a no ser que hubiera pecado él personalmente»¹⁵.

Esa dificultad de nuestro autor en admitir la herencia de la culpa, parece que fue un problema común de la teología griega del siglo IV¹⁶. Quizá se debe también a la lucha del Crisóstomo contra las ideas maniqueas y a su consiguiente esfuerzo por defender siempre la libertad y la responsabilidad humanas.

Una vez dado a entender su problema, el Crisóstomo prosigue su comentario preguntándose: «¿Qué significa aquí la palabra 'pecadores'?». Según mi opinión quiere decir: sujetos a la pena y condenados a la muerte»¹⁷.

Las consecuencias del pecado original

Al estudiar ahora con más detalle las consecuencias que se derivan del pecado original para todo el género humano, veremos también más claramente cómo y en qué medida quedó afectada la libertad humana.

De entre las consecuencias del pecado original, el Crisóstomo señala en primer lugar la muerte. Es más, el hecho evidente y universal de que todos los hombres tenemos que morir, le da a San

15. PG 60, 477.

16. No podemos exponer aquí la enseñanza completa del Crisóstomo acerca del pecado original. Para esto remitimos a B. ALTANER, *Augustinus und Johannes Chrysostomus*, en *Zeitschrift f.d.neutestamentl. Wissenschaft* 44 (1952), p. 76-84. Como es sabido, mientras que los Padres latinos enseñaron ya desde muy antiguo explícita y detalladamente la herencia de la culpa y de la pena (cfr. K. H. SCHELKLE, *Paulus, Lehrer der Väter. Die altkirchliche Auslegung von Römer 1-11*. 2.^a ed., Düsseldorf 1959, p. 173), los griegos —por lo general— hablaron sólo de la herencia de la pena, e incluso algunos con la restricción de que el hombre incurre en esta pena sólo por su pecado personal. Es más, Teodoro de Mopsuestia, condiscípulo del Crisóstomo, en un libro sobre este tema, negó del todo la doctrina del pecado original. Había, sin embargo, excepciones: San Ireneo, San Efrén y quizá Dídimo (cfr. SCHELKLE, *o.c.*, pp. 162-178). Otros, como los dos Cirilos y nuestro autor, enseñan, por lo menos, claramente la herencia de la pena, con independencia de los pecados personales (cfr. *ibid.*, p. 195). Esta diferencia entre la tradición latina y griega se debe, sin duda, al hecho de que los últimos tenían que defender enérgicamente la libertad humana y la bondad de toda la creación contra los gnósticos y maniqueos, como se nota a cada paso también en las homilías del Crisóstomo. Por otra parte, como suponían que de hecho todos habían pecado, no veían en peligro la doctrina de la necesidad universal de la gracia para salvarse. Es a partir de la controversia pelagiana, cuando se pone en duda este punto fundamental. Y es entonces cuando San Agustín descubre todo el alcance del pasaje de Rom 5,12-21 (cfr. *ibid.*, p. 177).

17. PG 60, 477. Advertimos el modo cauto y reservado de su respuesta, subrayando que se trata de una opinión personal suya: ἐμοὶ δοκεῖ.

Pablo precisamente pie para hablar de la raíz más profunda de la muerte, que es el pecado: «Como los buenos médicos siempre buscan la raíz de las enfermedades y llegan hasta la misma fuente del mal, así también San Pablo. (...) ¿Cómo, por tanto, entró la muerte e instauró su dominio? Por el pecado de un solo hombre»¹⁸. Como, por otra parte, también murieron quienes vivieron antes de la promulgación de la ley mosaica, es evidente que la muerte no se debe a los pecados personales de cada uno, en cuanto transgresiones de la ley divino-positiva —ya que donde no hay ley, el pecado no se imputa (Rom 5,13)—, sino al primer pecado de Adán¹⁹.

Pero la muerte, para el Crisóstomo, no es sólo un hecho biológico: por el pecado, la muerte entró en el mundo e instauró su dominio sobre todos los hombres²⁰. Otras veces no habla del reinado de la muerte, sino más bien del reinado del pecado, bajo cuyo mando y armada por él, la muerte ocupa el lugar de un soldado²¹. Claramente no se trata de una simple consecuencia natural, sino de una pena: de la ejecución de una sentencia judicial²².

La instauración del reinado del pecado y de la muerte en el mundo nos muestra ya un primer aspecto de cómo quedó debilitada, por el pecado, la libertad humana. Pero lo más grave para el hombre es que su voluntad ya no está ordenada hacia Dios, sino que tiene una inclinación al mal, a las cosas de abajo²³. Como consecuencia de ello también el cuerpo, con sus pasiones, se rebeló contra su dueño natural, el alma: «Con la muerte entró una multitud de pasiones, ya que el cuerpo, una vez mortal, recibió necesariamente la concupiscencia, la ira, el dolor y todo lo demás, se precisaba de mucha virtud, para que no se desbordasen en nosotros y hundiesen así la razón en la sima del pecado. Las pasiones no eran pecado, pero al no refrenarlas, su inmoderación obró el pecado»²⁴.

18. PG 60, 473s.

19. Cfr. PG 60, 475. Para entender la argumentación de San Pablo en Rom 5,13, hay que tener en cuenta —observa el Crisóstomo— que se trata de una discusión con los judíos, quienes negaron la fuerza universal de la pasión de Cristo. El Apóstol les demuestra que esto es tanto e incluso más probable que las consecuencias universales de pecado de Adán.

20. PG 60, 474: εἰσῆλθεν ὁ θάνατος καὶ ἐκράτησε; *ibid.*, 475: τὸν γὰρ κοινὸν ἐκείνη θάνατον ἤνεγκεν, ὃς ἐκράτει καὶ ἐτυράννει.

21. Cfr. PG 60, 479.

22. Cfr. PG 60, 450: ἀπόφασις; *ibid.*, 476: κατὰκριμα.

23. Cfr. PG 60, 472 expresiones como: ἡ εἰς τὰ χεῖρω ῥύμη; ἡ ἐπὶ τὰ κάτω φορᾶ.

24. PG 60, 507.

Como se ve, el Crisóstomo subraya por un lado que las pasiones en sí no son pecado; no ignora, sin embargo, que fácilmente nos pueden inducir al pecado, ya que a causa del pecado original tienden a independizarse y sublevarse contra la razón. Para refrenarlas y evitar que se desborden, el alma necesita de mucha virtud ²⁵.

El pecado de origen, por tanto, no ha cambiado esencialmente la naturaleza del hombre. Así, el alma humana, por estar dotada de inteligencia y voluntad, sigue siendo responsable principal de las acciones humanas. La diferencia consiste en que ya no puede gobernar al cuerpo con la misma facilidad de antes ²⁶. El Crisóstomo, al mismo tiempo que defiende la existencia de una verdadera libertad del hombre aún después del pecado original, reconoce sin embargo que su ejercicio se ha vuelto costoso, de manera que «nuestro cuerpo era, antes de la venida de Cristo, una presa fácil para el pecado» ²⁷. La naturaleza humana, por tanto, y con ella también la libertad, quedó herida a causa del pecado original, pero no totalmente corrompida. En concreto, el cuerpo —la carne— en sí no es malo, «aunque por allí el pecado nos ataca» ²⁸.

Lo mismo vale en cuanto al conocimiento natural de Dios y de la ley moral. Efectivamente, la acusación que San Pablo dirige contra los paganos (cfr. Rom 1,18 ss) supone que ellos —a pesar de las consecuencias del pecado original— podían haber conocido a Dios ²⁹. En lo que se refiere a la ley moral, nuestro autor afirma rotundamente que los paganos la conocían y que, por tanto, no podían excusarse de sus aberraciones morales. Incluso, si no la hubieran conocido, hubiera sido una ignorancia culpable, por haberse antes —libremente, culpablemente— apartado de Dios que la da a conocer ³⁰.

25. Otras veces, nuestro autor expresa la misma idea comparando el cuerpo humano con un caballo que —a partir del pecado original— se comporta como sin freno y, por eso, difícil de conducir por el camino de la virtud, del cual se aleja con frecuencia: cfr. PG 60, 488 y 498s.

26. Cfr. PG 60, 510.

27. PG 60, 488: τὸ σῶμα ἡμῶν πρὸ μὲν τῆς Χριστοῦ παρουσίας εὐχείρωτον ἦν τῇ ἁμαρτίᾳ. Cfr. también ibid., 512: ἐκ τοῦ παθητὸν αὐτὸ γενέσθαι, καὶ εὐεπιχείρωτον γέγονε τῇ ἁμαρτίᾳ.

28. PG 60, 511.

29. Cfr. PG 60, 412, donde habla de la armonía del universo, de las leyes que rigen el cambio de día y noche y de las estaciones del año; «todo guarda siempre su orden y anuncia por su belleza y grandeza al Creador».

30. Cfr. PG 60 423: σὺ αἴτιος, ὁ ἀφείς τὸν γυωρίσαντά σοι Θεόν.

El pecado personal

Trataremos ahora del pecado personal y especialmente de su relación con la libertad humana. En primer lugar veremos las posibles causas del pecado, lo cual nos confirmará lo que vimos ya con respecto al pecado original: el hombre mismo, precisamente por ser libre y poder abusar de esa libertad, es el culpable del pecado. Eso nos llevará a determinar con más detalle la naturaleza del pecado y su relación con el libre albedrío, para concluir finalmente señalando los efectos del pecado.

Las causas del pecado

Quienes niegan la libertad humana, forzosamente tienen que atribuir a Dios la causa del pecado: o bien directamente, o bien indirectamente:

Directamente, como si Dios de manera igual predestinase a unos para ser justos y reprobase a otros para ser pecadores. En este sentido algunos han interpretado —equivocadamente— Rom 9,21 ss, donde el Apóstol habla de *vas in honorem* y de *vas in contumeliam*, de *vasa irae* y *vasa misericordiae*. Rechazando ese modo de entender a San Pablo, el Crisóstomo señala las consecuencias absurdas que de esta exégesis se derivarían: «Dios sería autor tanto del bien como del mal y el hombre no tendría ninguna culpa»³¹.

Indirectamente, a través de sus obras, si éstas necesariamente nos llevasen a pecar, como opinaban algunos herejes en tiempos del Crisóstomo tanto acerca de la ley mosaica como del cuerpo humano. Por tanto, expondremos ahora en qué sentido —según el Crisóstomo— puede llamarse causa del pecado a Dios, la ley, la carne, el diablo y el alma humana.

31. PG 60, 559. El ejemplo del alfarero (Rom 9,21ss) podría ser fácilmente mal entendido como negación de la libertad humana. De ahí la insistencia de los Padres para defenderla. Cfr. SCHEKLE, o.c., p. 347, donde señala que en casi todos los comentarios patristicos sale —como en el de nuestro autor— la palabra clave: τὸ αὐτεξούσιον. Muy útil y acertada nos parece ser la observación de nuestro autor de que se trata de una metáfora, la cual —en su aplicación— no debe urgirse demasiado. Para entenderla, hay que buscar el punto preciso de comparación. J. I. VICENTINI, *Carta a los Romanos*, en *La Sagrada Escritura, Nuevo Testamento*, II (Madrid 1965), p. 273 se hace eco de esta opinión cuando dice: «No hay que urgir mucho los detalles de la parábola ni olvidar las diferencias entre el hombre y el vaso de arcilla: el uno, ser inteligente y libre; el otro, materia inanimada e irresponsable».

a) *Dios*, como es lógico, lejos de ser de alguna manera culpable del pecado, hace más bien todo lo que está de su parte para evitarlo³². Sin embargo, se encuentran en Rom —aparte del pasaje 9,21 ss que ya vimos— algunas expresiones que necesitan aclaración para ser rectamente entendidas. Así, resumiendo los pecados de los gentiles, San Pablo afirma en Rom 1,24: «Por esto (por haberse apartado de Dios y convertido a los ídolos) los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza...» (cfr. también vv. 26 y 28). El Crisóstomo explica que la palabra «entregó» (παρέδωκεν) hay que entenderla en el sentido de «permitió» (εἵασεν) y confirma este modo de hablar poniendo el ejemplo de «un comandante de un ejército, del cual también se dice, cuando abandona a sus soldados, que los entrega al enemigo, no porque los empujase activamente a caer en manos de ellos, sino porque les priva de su ayuda. Así también Dios, después de haber cumplido todo lo suyo, abandona a aquellos que no quisieron aceptar su ayuda y se han apartado antes de El»³³.

Queda claro, por tanto, que Dios no coopera nunca activamente al pecado aunque, eso sí, en algunas ocasiones, pasivamente, puede retirar su ayuda que por otra parte es necesaria para no caer en pecado. Pero incluso en este último caso, Dios lo hace después de haber agotado todas las posibilidades; respeta la libertad humana, ya que —se pregunta el Crisóstomo— «¿qué más podría hacer? ¿acaso usar de la violencia y la coacción? Pero este no es el modo de conseguir que los hombres sean virtuosos»³⁴.

Del mismo modo, el Crisóstomo explica también Rom 11,8: «Dios les dio un espíritu de aturdimiento», advirtiendo a sus oyentes que la palabra «dio» (ἔδωκεν) no indica aquí una intervención activa (ἐνέργεια) de Dios, sino una actitud meramente pasiva, un ceder y permitir (συγχώρησις)³⁵.

De manera semejante hay que entender Rom 1,20: *ita ut sint inexcusabiles* (εἰς τὸ εἶναι αὐτοὺς ἀναπολογήτους), no en sentido final,

32. Cfr. PG 60, 472: ὁ γὰρ πάντα ποιῶν, ὥστε σβεσθῆναι τὴν κακίαν, οὐκ ἂν αὐτὴν ἡύξησεν.

33. PG 60, 414s. Un estudio moderno acerca de algunos modismos hebreos llega a la misma conclusión: cfr. E. F. SUTCLIFFE, *Effect as Purpose: a Study in Hebrew Thought Patterns*, en *Biblica* 35 (1954) 320-327. En este sentido lo entienden también San Agustín, Sermo 57,9 «non cogendo, sed deserendo», y Santo Tomás: «indirecte tradit homines in peccatum, in quantum iuste subtrahit gratiam» (*In Ep. ad Rom*, 1,1 *ad loc.*).

34. PG 60, 415.

35. Cfr. PG 60, 583. Como muestra SCHEKLE, *o.c.*, p. 382, esta interpretación fue tradicional entre los exégetas antiguos.

sino consecutivo, ya que Dios no creó el mundo para que los hombres no tuvieran ninguna excusa de su ateísmo o paganismo, sino para que le conocieran, aunque de hecho —por culpa propia— al no reconocer a su Creador, quedaron privados de cualquier excusa³⁶.

Intentando explicar de alguna manera —ya que en el fondo es un misterio que no podemos ni debemos explorar³⁷— por qué Dios permite el pecado, el Crisóstomo afirma que Dios, aparte del respeto que le merece la libertad humana, sabe sacar bien incluso del mal: «cosa mucho más grande aún que si impidiera el mal»³⁸.

b) *La Ley*. Sería demasiado largo determinar con detalle el valor que según el Crisóstomo corresponde a la ley, tanto mosaica como natural, como guía del obrar humano. Aquí nos limitaremos a señalar, a grandes rasgos, que la ley como obra de Dios no es propiamente causa del pecado.

Fue ésta precisamente una de las verdades de la doctrina cristiana que el Crisóstomo tenía que defender contra la herejía maniquea, la cual, considerando la ley —sobre todo mosaica— como proveniente de un Dios maligno, la calumnió como mala y causa del pecado³⁹. Frente a estos errores, nuestro autor, apoyándose en las mismas palabras del Apóstol, inculca a sus oyentes que la ley de Dios es santa⁴⁰, que es espiritual, es decir, proviene del Espíritu Santo —aunque de manera distinta que la Nueva Ley—⁴¹, que es maestra de la virtud y, por tanto, contraria a la maldad⁴².

Ya que, por su parte, los herejes intentaron justificar sus errores con palabras de San Pablo, conviene fijarnos sobre todo en los comentarios del Crisóstomo a estos pasajes.

Explicando Rom 5,20: *Lex autem subintravit ut abundaret delictum*, nuestro autor indica que la palabra *ut* (ὥνα) no se usa aquí

36. Cfr. PG 60, 413. Así también M. ZERWICK, *Graecitas Biblica Novi Testamenti* (Romae 1966), 5.^a ed., n. 352.

37. Cfr. PG 60, 439: «El justo juicio de Dios supera con mucho lo que a nosotros nos parece justo, y tiene otras e inefables razones».

38. PG 60, 540.

39. Cfr. PG 60, 511: τὸν νόμον διαβάλλουσι; *ibid.*, 497: οἱ τὸν νόμον διαβάλλοντες. Como susceptibles de un tal mal entendimiento, nuestro autor cita los siguientes vv. de Rom: 4,15; 5,20; 5,14; 7,5. Un autor moderno comenta: «La nueva actitud cristiana ante la ley antigua no debe ser interpretada falsamente como si la ley antigua fuese identificada con el pecado. (...) Ya en los días de San Pablo hubo malas interpretaciones que tuvo él que corregir» (THEISSEN, *o.c.*, p. 118).

40. Cfr. PG 60, 502.

41. Cfr. PG 60, 513: «La Antigua Ley es espiritual, la Nueva es la Ley del Espíritu; aquella fue dada por el Espíritu, ésta da el Espíritu abundantemente a quienes la reciben».

42. Cfr. 60, 507; διδάσκαλον ἀρετῆς δεικνυσιν ὄντα, καὶ κακίας πολέμιον.

en sentido final, sino consecutivo, ya que la ley no ha sido dada por Dios para que abundase el pecado, sino para disminuir y quitarlo, aunque de hecho sucedió lo contrario, pero no por la misma naturaleza de la ley, sino por culpa de los judíos que no supieron usarla bien ⁴³.

San Pablo, al decir en Rom 7,5: *Passiones peccatorum quae per legem erant*, no quiere afirmar en absoluto que estos pecados hubieran sido cometidos por la ley ⁴⁴; la ley mosaica es causa del pecado no en cuanto culpable, sino en cuanto que revela y acusa del pecado ⁴⁵.

Comentando Rom 7,8, el Crisóstomo hace ver que las mismas

43. Cfr. PG 60, 478: no indica la causa (αἰτιολογία), sino el efecto (ἐκβασις). Por otra parte, interpretando la expresión *subintravit* (παρεισῆλθεν), el Crisóstomo señala el valor limitado que por querer divino tuvo la ley mosaica: había sido dada para un tiempo determinado no para siempre; tenía la función de preparar al pueblo judío para la venida de Cristo (cfr. PG 60, 478). Varios padres después de él adoptaron su interpretación de ἡνα (cfr. SCHEKLE, o.c., p. 194). Los exégetas modernos, en cambio, haciendo referencia a lugares paralelos como Gal 3,19, se inclinan más bien por la oposición contraria (cfr. R. CORNELI, *Commentarius in S. Pauli Apostoli epistolas*, I: *Epistola ad Romanos*, en CSS, 2.^a ed., Parisiis 1927, p. 305, *ad loc.*; ZERWICK, *Analysis*, p. 344, *ad loc.*). Sin embargo, GROSCHE, o.c., p. 110, *ad loc.*, afirma que no se trata de una finalidad subjetiva de Dios, sino de la consecuencia objetiva de la ley. El mismo ZERWICK, *Graecitas*, p. 120, reconoce el hecho —y trae ejemplos— de que ἡνα en el lenguaje helenístico con frecuencia indica la mera consecuencia, «idque in lingua biblica fortasse eo magis quod totus mundus cogitandi Hebraeorum imbutus est idea Dei, omnium rerum et eventuum causae principalis et universalis». En cambio, para Rom 5,20 y con referencia explícita al Crisóstomo, se decide por el sentido final.

44. Cfr. PG 60, 498. Nuestro autor insiste en la gramática: el texto no dice ὑπὸ τοῦ νόμου (como si los pecados hubieran sido cometidos por la ley), sino: διὰ τοῦ νόμου; tampoco añade γινόμενα (realizados, cometidos), sino —según él— hay que sobreentender φαινόμενα o γνωσιζόμενα. Esta exégesis era, en sus líneas generales, tradicional en la escuela de Antioquía: así lo explicaron Diodoro, Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto (cfr. SCHEKLE, o.c., p. 229s).

45. Cfr. PG 60, 498: κατηγοροῦ γὰρ τάξιν πικροῦ, ἀπογυμνῶν τὰ ἁμαρτήματα; cfr. también *ibid.*, 501. Hablando en términos generales, esta interpretación era bastante común entre los exégetas antiguos: la Ley no es causa del pecado, sino sólo da un conocimiento mayor de él (cfr. SCHEKLE, o.c., p. 232). Como ejemplo de una solución semejante entre los autores modernos, cfr. TURRADO, o.c., p. 307: «No quiere decir San Pablo que antes de la ley mosaica no hubiera pecados, pues para ello bastaba la ley natural impresa en el corazón de los hombres, que les hace responsables de sus actos (cfr. 1,20; 2,12.16); mas ahora prescinde de eso, y se fija únicamente en el nuevo aspecto que toma el pecado al venir la Ley. En efecto, hasta la Ley, aparte del caso de Adán, no había pecados que fueran *transgresión* de una voluntad positiva de Dios (cfr. 4,15; 5,14); además, en medio de un mundo corrompido, con la sola razón natural, era muy difícil la recta formación de la conciencia a este respecto, sobre todo para los actos interiores de la concupiscencia. Fue la Ley, manifestación positiva de la voluntad de Dios, la que nos determinó de modo claro con sus preceptos dónde había pecado, haciendo, además, que el pecado se convirtiera en *transgresión*». GROSCHE, o.c., p. 123, llega a la misma conclusión: «So kommt der Mensch, der sich den Forderungen des Naturgesetzes durch geschickte Interpretation zu entziehen versuchen kann, durch das positive Gesetz zur unabwiesbaren Erkenntnis, dass er unter der Sünde steht».

palabras del Apóstol indican que fue el pecado y no la ley lo que aumentó la concupiscencia; ocurrió justamente lo contrario de lo que la ley intentó conseguir, lo cual demuestra ciertamente la debilidad de la Antigua Ley —su imperfección en comparación con la Nueva Ley—, pero no su maldad; la culpa no fue del médico, sino del enfermo que hizo mal uso del fármaco. Es además un hecho que con frecuencia los malvados aumentan su iniquidad, tomando ocasión de unos preceptos que en sí son buenos. Por tanto, ni Dios ni sus beneficios son culpables del pecado ⁴⁶.

Resumiendo se puede decir, por tanto, que tampoco la ley es propiamente causa del pecado; es más, siendo un beneficio de Dios para los hombres ⁴⁷, tenía la función de dirigir al hombre en su camino hacia Dios, facilitarles a los judíos el conocimiento exacto de la voluntad divina ⁴⁸. Por eso, San Pablo, lejos de hablar mal de la Antigua Ley, resalta la dignidad que tenía mientras estaba en vigor ⁴⁹. Sin embargo, la ley era incapaz de salvar a los hombres ⁵⁰, y al no prestar ninguna ayuda interna para su cumplimiento, enseñando sólo externamente el camino ⁵¹, llegó incluso a agravar la situación del hombre ⁵², y multiplicando los mandamientos a quien no quiso obedecer en nada, aumentó el pecado» ⁵³.

c) *La carne*. Pero los herejes no atacaron tan sólo la Ley Antigua, sino también la carne, el cuerpo humano, como culpable del pecado. El Crisóstomo señala tanto la incongruencia interna de esta herejía como su disconformidad con la doctrina tradicional de la Iglesia.

«Los enemigos de la verdad no se dan cuenta de que, además de su impiedad, han caído en una estupidez enorme. Porque no

46. Cfr. PG 60, 500. Nuestro autor vuelve a insistir en la gramática: el sujeto de la frase es *ἁμαρτία*, no *νόμος*. Los autores modernos suelen comentar que San Pablo describe en este pasaje el «drama moral en el interior del hombre» y señalar como una de las «personas» de este drama también a la Ley (cfr. TURRADO, *o.c.*, p. 305; THEISSEN, *o.c.*, p. 119). No se debe olvidar, sin embargo, que la Ley aparece como sujeto sólo en Rom 7,7 y 7,12, y en ambos versículos San Pablo habla bien de ella.

47. Cfr. PG 60, 501: «Sin embargo, no por esto queremos acusar los beneficios de Dios...».

48. Cfr. PG 60, 433: *ἐξ εὐκολίας εἶχε τὸν νόμον δεικνύντα τὴν ἐπὶ τὴν ἀρετὴν φέρουσαν ὁδόν*.

49. Cfr. PG 60, 497: *οὐ καθαιρεῖ αὐτοῦ τὸ ἀξίωμα, ἀλλὰ μεγάλα περὶ τῆς ἐξουσίας αὐτοῦ διαλέγεται*.

50. Cfr. PG 60, 511: *νόμος οὐκ ἴσχυσε*.

51. Cfr. PG 60, 514: *τί γὰρ ὄφελος εἶδέναι τὰ πρακτέα μὴ μετιόντα αὐτά*.

52. Cfr. PG 60, 501: «Tanto por lo que la Ley hizo, como por lo que no hizo, llegó a agravar al género humano».

53. PG 60, 498.

sólo acusan a la carne, sino que también calumnian la ley, pues si la carne fuera algo malo, la ley sería algo bueno, ya que —según su opinión— ésta es contraria a aquella; y, si al revés la ley no fuera algo bueno, la carne, por ser contraria a ella, lo sería. Pero los dogmas de la Iglesia dicen algo muy distinto, ya que sólo condenan el pecado y afirman que la ley de Dios —tanto natural como mosaica— se opone al pecado, no a la carne; y la carne no la declaran pecado, sino obra de Dios, que —siendo vigilantes— nos es muy útil para la virtud»⁵⁴.

El cuerpo humano, por tanto, tal como ha salido de las manos de Dios, no es causa del pecado⁵⁵, aunque a raíz del pecado original, nos puede incitar al pecado⁵⁶. Como lo vimos ya al hablar de las consecuencias del pecado original, las pasiones en sí todavía no son malas, pueden incluso ser buenas; lo que las constituye en pecado es su inmoderación⁵⁷. Por otra parte, el cuerpo está bajo el mando del alma y obra según el imperio de la voluntad; la maldad de sus acciones no proviene de su operación propia —que es moralmente indiferente— sino del pensamiento del alma que lo mueve e impera⁵⁸.

Comentando Rom 8,6 *Sensus (φρόνημα) carnis mors est*, el Crisóstomo advierte que se trata de un modo de hablar típico de San Pablo, que con frecuencia llama carne al hombre entero, cuando quiere referirse al hombre carnal. Aquí, por lo tanto, hablando de *sensus carnis*, no es que el Apóstol quiera atribuir a la carne la facultad de pensar —sería entonces genitivo posesivo—, sino que indica la tendencia carnal y terrena de la mente⁵⁹. Por tanto, no es que la carne, el cuerpo humano no sea ordenable hacia Dios, sino es el modo de pensar terreno y carnal, deseoso de obras malas, lo que se opone a Dios⁶⁰.

54. PG 60, 511.

55. Cfr. PG 60, 510.

56. Cfr. PG 60, 511: «...tampoco la naturaleza de la carne (es mala), aunque a través de ella nos ataca (el pecado)».

57. Cfr. PG 60, 507 y 515: οὐ παρὰ τὴν οἰκείαν φύσιν, ἀλλὰ παρὰ τὴν ἀμετρίαν καὶ ἐκ ταύτης ἀταξίαν.

58. Cfr. PG 60, 487, donde el Crisóstomo lo explica mediante un ejemplo: «El ojo que se fija con curiosidad en una belleza ajena se convierte en arma de iniquidad, no por su propia operación —ya que el oficio del ojo es ver, no ver mal—, sino por la maldad del pensamiento que lo dirige. En cambio, si lo refrenas, se convierte en arma de justicia. Y lo mismo se puede decir de la lengua, de las manos y de los demás miembros».

59. Cfr. PG 60, 515s. Se trata, efectivamente, de un semitismo que emplea el genitivo en vez de un adjetivo.

60. Cfr. PG 60, 516.

Lo mismo demuestra una interpretación cuidadosa de Rom 7,5 *Passiones peccatorum ... operabantur in membris nostris*, demostrando así que el principio de la maldad proviene de la mente que puede moverse por sí misma, no del cuerpo que es movido⁶¹.

Muy aleccionador en este sentido es también el breve resumen que da el Apóstol de los pecados de los gentiles (Rom 1,18-32), señalando que sus aberraciones morales eran consecuencia de no haber reconocido a Dios. El Crisóstomo ve en ello una prueba clara de que los pecados de concupiscencia no provienen en primer lugar de la carne, sino de la corrupción de la mente, siendo ésta la fuente de todos los males; ya que una vez corrompido el auriga —la mente—, todo se viene abajo⁶².

En general, la afirmación de los herejes de que la naturaleza humana en sí misma —bien el alma, bien el cuerpo— es el principio del mal, encierra el absurdo de que no habría ninguna responsabilidad por parte del hombre y, por tanto, no tendría ningún sentido dar leyes, ya que los legisladores pretenden arrancar sólo aquellos males que provienen de la negligencia, no aquellos otros que son inherentes a la naturaleza: cosa que, por otra parte, sería imposible, ya que todo lo que pertenece a la naturaleza, no puede cambiar nunca⁶³.

Resumiendo las enseñanzas del Crisóstomo, se puede decir por tanto que la carne, el cuerpo humano, como parte de la naturaleza del hombre, no es un principio del mal ni —tal como ha salido de las

61. Cfr. PG 60, 498: San Pablo «demuestra que el origen de la maldad no proviene de los miembros —que son movidos—, sino de los pensamientos —que son los que mueven—. Porque el alma ocupa el lugar de un músico, la naturaleza de la carne el de una guitarra que suena tal como lo manda el músico». Para ilustrar la relación entre cuerpo y alma, nuestro autor emplea, aparte de este ejemplo de la guitarra y del músico, también aquellos otros del barco con su piloto (cfr. PG 60, 509) y del caballo con su jinete (cfr. *ibid.*, 488).

Con respecto a la exégesis de Rom 7,5, el Crisóstomo advierte en primer lugar que la expresión ἐν τῇ σαρκί quiere decir «en las obras malas, en una vida carnal», oponiéndose al parecer a una interpretación que, identificando σάρξ con σῶμα, declaraba pecaminoso el cuerpo humano. A continuación añade una aclaración gramatical con respecto a la frase ἐνεργεῖτο ἐν τοῖς μέλεσιν ἡμῶν, señalando acertadamente que el verbo no se emplea aquí en la voz activa y que μέλη no es el sujeto de la frase. Por lo tanto, los miembros no son el principio activo de donde proceden los pecados, sino el lugar en donde repercuten. Así también W. BAUER, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der übrigen urchristlichen Literatur*, 5.^a ed. (Berlín 1958), p. 525s, donde advierte que el verbo se utiliza aquí en la voz media: «die Leidenschaften wirkten sich in den Gliedern aus».

62. Cfr. PG 60, 521. Nuestro autor señala acertadamente que las aberraciones morales de los paganos eran, según la expresión de San Pablo, «retribución» (ἀντιμισθία) (Rom 1,27) del pecado anterior de idolatría y del rechazo de Dios (cfr. PG 60, 418: καὶ μισθὸν τοῦτον εἶναί φησι τῆς παρανομίας ἐκείνης).

63. Cfr. PG 60, 503.

manos de Dios— causa del pecado. Después del pecado original, sin embargo, y sobre todo antes de la venida de Cristo, el cuerpo se convierte fácilmente, por el desorden de las pasiones, en ocasión del pecado, en algo por donde el pecado nos ataca ⁶⁴.

Por otra parte, las tentaciones de la carne sólo se convierten en pecado cuando el alma que puede conocer la ley moral y debe dirigir las acciones, en vez de refrenar las pasiones, se deja dominar por ellas ⁶⁵. De ahí la necesidad de ordenar rectamente las pasiones, para no perder la libertad al dejarse esclavizar por los deseos inmoderados de la carne; mientras que al ser moderado el cuerpo por la razón, aquél guarda mejor su propia dignidad ⁶⁶.

d) *El diablo*. No cabe ninguna duda de que el diablo tiene un interés claro en inducir a los hombres al pecado. El es el enemigo del género humano desde el principio ⁶⁷: fue por instigación suya como pecaron nuestros primeros padres; pero él —ya que nunca se sacia de nuestros males—, no contentándose con que los hombres tenían que morir un día y deseoso de ver ejecutada la sentencia antes del tiempo, persuadió a Caín para que matase a su hermano ⁶⁸.

De este relato del Crisóstomo acerca de la caída de nuestros primeros padres y del fratricidio de Caín, parece concluirse, que el diablo es efectivamente causa del pecado, pero sólo desde fuera del hombre, a quien únicamente puede mover a pecar mediante la instigación o persuasión.

El motivo por qué el diablo tiene interés en perder al hombre, parece ser —según el Crisóstomo— la envidia. Hablando del culto idolátrico de los gentiles, afirma que «el diablo procuró por todas partes rebajar a los hombres —a quienes Dios quiso elevar por encima del cielo— al nivel de los reptiles y sujetarlos a las bestias irracionales» ⁶⁹.

Sabiendo que es fácilmente rechazado cuando se presenta abier-

64. Cfr. PG 60, 488 y 511.

65. Cfr. PG 60, 507.

66. Cfr. PG 60, 486: «Porque no es ningún honor concederle al cuerpo todo en exceso, sino que es la más grande esclavitud y el colmo de la vergüenza. Porque cuando el cuerpo hace lo que quiere, entonces se priva él mismo de toda libertad; en cambio, cuando se le modera, entonces guarda mejor su propia dignidad».

67. Cfr. PG 60, 484.

68. Cfr. PG 60, 449s, donde termina caracterizando al diablo con estas palabras: ὁ μηδέποτε ἐκ τῶν ἡμετέρων κορεννύμενος κακῶν.

69. PG 60, 414.

tamente⁷⁰, su método es la mentira⁷¹, el engaño⁷². Siendo el diablo invisible y muy variado su modo de actuar, sólo es posible huir de él si por todas partes estamos bien armados con armas espirituales⁷³. Sin embargo, aunque el diablo tiene un poder verdaderamente grande, una auténtica tiranía, Dios en su providencia para con el hombre cuida que Satanás se mantenga en sus límites, ya que de otra forma, nadie podría resistir contra su fuerza⁷⁴.

Además de esta limitación que Dios impone al poder del diablo, el Crisóstomo advierte también que Satanás suele atacar a aquellos que de alguna manera se exponen culpablemente al peligro: quienes, perdiendo de vista a Dios, relajan la lucha⁷⁵; quienes dejando la ciudad y viajando por el desierto, se acercan desnudos y solos a la morada del diablo⁷⁶. En una palabra, aunque el diablo procura activamente el pecado del hombre, su causalidad es sólo exterior, no puede obrar directamente sobre la voluntad humana; y aunque su-

Resumiendo las enseñanzas del Crisóstomo, se puede decir por pera al hombre en poder, la Providencia Divina le mantiene dentro de sus límites. Los hombres, por nuestra parte, tenemos que estar vigilantes, conocer sus métodos y armarnos espiritualmente⁷⁷.

e) *El alma humana*. Según la antropología que nos ofrece el Crisóstomo, el hombre está compuesto de alma y cuerpo, y tanto una como otro son obra de Dios⁷⁸. Hablando ya con más detalle, nuestro autor expone: San Pablo, «dividiendo al hombre en dos partes, alma y cuerpo, afirma que la carne, por no estar dotada de razón e inteligencia, no se mueve por sí misma, sino que es movida; mientras que el alma, por tener inteligencia, puede conocer lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse»⁷⁹. De ahí, el Crisóstomo asig-

70. Cfr. PG 60, 483.

71. Cfr. PG 60, 484.

72. Cfr. PG 60, 848: «Con frecuencia, so capa de amistad, inyecta el veneno cruel».

73. Cfr. PG 60, 484: «Guárdate, por tanto, y ármate por todas partes con armas espirituales, y aprende con acribía sus maquinaciones, para que tú no te dejes capturar, sino que le cojas fácilmente a él».

74. Cfr. PG 60, 463.

75. Cfr. PG 60, 420.

76. Cfr. PG 60, 463.

77. Cfr. PG 60, 484.

78. Cfr. PG 60, 510: «Porque no es lo mismo la naturaleza del alma y del cuerpo y la de la elección (προαίρεσις), sino que aquellos son obras de Dios, ésta en cambio es un movimiento que proviene de nosotros mismos, a dondequiera que lo queremos dirigir».

79. PG 60, 510. En lo que se refiere a esa dicotomía del hombre en alma y cuerpo, que el Crisóstomo atribuye en su comentario a San Pablo, afirman los auto-

na con frecuencia al alma humana el papel principal como causa del pecado. Así afirma que los pecados de concupiscencia provienen, no de la carne sino de la mente (*διάνοια*), y que ésta es la fuente de todos los males⁸⁰.

La carne obra esto o aquello según la sentencia del alma (*γνώμη ψυχῆς*); siendo la operación propia de la carne moralmente indifferente, su bondad o maldad le viene del pensamiento que la mueve⁸¹. Esto, sin embargo, no quiere decir que el alma humana sea mala por naturaleza y, por tanto, un principio del mal⁸². Siendo ella creada por Dios, por naturaleza es buena; se convierte en causa del pecado sólo por la elección del mal de la cual es responsable⁸³.

Por lo tanto, en nuestra búsqueda de las posibles causas del pecado hemos alcanzado el punto decisivo. Los comentarios del Crisóstomo nos demuestran que no hay ningún principio —y menos aún, como quisieron los maniqueos—, un principio supremo del mal⁸⁴. Como el pecado no tiene ninguna entidad ontológica positiva —no es propiamente algo, sino la falta de algo—, más que buscar su causa eficiente, se tratará de buscar su causa «deficiente»⁸⁵. Por eso, en el apartado siguiente, estudiaremos las afirmaciones del Crisóstomo acerca de la naturaleza del pecado y su relación con el libre albedrío.

El pecado y el libre albedrío

El modo vivo de hablar de San Pablo, convirtiendo en Rom 7,13 p.ej. el «pecado» en sujeto de la frase, podría dar a entender que se trata de algo natural, subsistente. Por eso, el Crisóstomo advierte a

res modernos que, aunque no sea lo habitual en el Apóstol, parece estar presente en este pasaje (cfr. GROSCHE, *o.c.*, p. 126).

80. Cfr. PG 60, 421: «Los pecados de mala concupiscencia no provienen de la carne —como algunos herejes afirman— sino de la mente, y esa es la fuente de los males».

81. Cfr. PG 60, 487: «El cuerpo, por tanto, está en medio entre la maldad y la virtud, como también las armas; las obras de ambos se realizan según quien las usa. (...) Lo mismo hay que decir también de la carne; se realiza esto y lo otro no según su propia naturaleza, sino según la intención del alma».

82. Cfr. PG 60, 510: «¿Ves cómo (San Pablo) libera de la acusación tanto la naturaleza del alma como la de la carne, echando toda la culpa a la acción mala? (...) Todo proviene de la mala elección (*προαίρεσις*)».

83. Cfr. PG 60, 510: *μόνης τῆς πονερᾶς προαιρέσεως ἔστι τὸ πᾶν*.

84. Cfr. PG 60, 516.

85. Aunque nuestro autor no lo diga en estos términos, la idea sin embargo se desprende claramente de sus comentarios.

sus oyentes que, al escuchar la palabra «pecado», no se debe pensar que se trata de alguna fuerza subsistente (δύναμις ἐνυπόστατος), sino de una acción mala, la cual no existe antes de realizarse la acción y deja de existir después ⁸⁶.

Comentando Rom 7,19 s, el Crisóstomo da a entender que el pecado no pertenece al orden del *esse*, de la substancia, sino del *agere*, de las acciones; es una acción u operación mala ⁸⁷. Las acciones humanas, a su vez, radican en lo que nuestro autor llama προαίρεσις: libre elección o libre albedrío ⁸⁸. El Crisóstomo distingue entre la voluntad como pura facultad natural (orden del *esse*), todavía indeterminada: esa es obra de Dios y, por tanto, buena por definición; y la voluntad determinada ya en concreto (orden del *agere*), cuya determinación proviene de nosotros y, por eso, puede ser buena o mala ⁸⁹.

La προαίρεσις de la que venimos hablando es, según se desprende del mismo texto, un movimiento libre de la voluntad que nosotros dirigimos a donde queramos ⁹⁰. De ahí, siendo libres y por eso tam-

86. Cfr. PG 60, 503. En esta interpretación de nuestro autor se observa claramente su postura apologética contra tendencias dualistas. Como señala SCHEKLE, *o.c.*, p. 248s, esto era una preocupación común de los Padres: defender la doctrina paulina acerca del pecado original contra los poderosos movimientos heréticos que veían el pecado como una fuerza personal o natural, en detrimento de la responsabilidad humana.

Para la exégesis moderna, cfr. GÜEMES, *o.c.*, p. 142, nota 6: «Ἀμαρτία es empleado indiferentemente con o sin artículo, pero siempre referido al poder congénito del hombre que le encadena hacia la falta y le sujeta cada vez más». En este mismo sentido habla VICENTINI, *o.c.*, p. 221, nota 24 de «una potencia maléfica personificada que entra en la escena del mundo y separa al hombre de Dios».

87. Cfr. PG 60, 510. Vuelve a aparecer la misma definición del pecado según el Crisóstomo: πρᾶξις πονερά.

88. El término técnico preciso que designa, ya desde los estoicos, aquello por lo que el hombre es dueño de sí mismo y de sus propios actos, es τὸ αὐτεξούσιον (cfr. LIDDEL-SCOTT, p. 279). El Crisóstomo lo emplea, aunque —quizá por el carácter pastoral de sus homilías— pocas veces (cfr. p. ej. PG 60, 509; *ibid.*, 559). Utiliza también la palabra ἐξουσία, que de por sí sólo quiere decir: poder, autoridad, control; sin embargo, en este contexto concreto tiene el sentido específico de poder del hombre sobre sus propios actos (cfr. LIDDEL-SCOTT, p. 599).

La palabra más frecuente en nuestro autor para designar esa libertad y su consiguiente responsabilidad es προαίρεσις, acuñada también ya por los filósofos griegos. Siendo su sentido originario el de elegir (αἰρεῖσθαι) alguna cosa con preferencia sobre otra (προ), vino a ser apta para designar lo que el hombre hace, primero, libre de coacción, luego también intencionalmente, e incluso premeditadamente. Así pudo expresar aquella elección que es característica de la acción moral (cfr. LIDDEL-SCOTT, p. 1480s).

89. Cfr. PG 60, 510: Ἡ μὲν γὰρ βούλησις, ἔμφυτον καὶ παρὰ Θεοῦ· ἡ δὲ τοιαύδε βούλησις, ἡμέτερον καὶ τῆς γνώμης ἡμῶν.

90. Cfr. PG 60, 510: τὸ δὲ ἐξ ἡμῶν γινομένη κίνησις, πρὸς ὅπερ ἂν αὐτὴν βουλευθῶμεν ἀγαγεῖν.

bién responsables de la dirección que damos a ese movimiento, es en la προαίρεσις donde radica la moralidad de nuestras acciones.

Con frecuencia, el Crisóstomo subraya la responsabilidad del hombre respecto al pecado. Así, comentando Rom 6,12: «*Non ergo regnet peccatum...*», nuestro autor señala que el pecado reina en nosotros no por su propia fuerza, sino por el descuido y la maldad nuestra⁹¹, cosa que el mismo Apóstol da a entender, ya que no dice *ne tyrannidem exercent* —lo que indicaría una necesidad—, sino *ne regnet*, mostrando que la maldad no nos retiene por fuerza o necesidad, sino porque queremos⁹².

Vuelve a repetir la misma idea al interpretar Rom 2,8: πειδομένοις δὲ τῇ ἀδικίᾳ, donde señala que San Pablo no dice «bajo la fuerza o la tiranía de la iniquidad», sino «obedeciendo, sometiéndose *quasi* voluntariamente a la iniquidad», para que quede claro que no se trata de una necesidad, sino de un pecado voluntario⁹³.

Sería absurdo hablar de la responsabilidad humana e infligir penas por el pecado, si el hombre no lo pudiera evitar, si no tuviera libre albedrío⁹⁴. El libre albedrío, a su vez, presupone en el hombre el conocimiento: nadie peca en ignorancia ya que si se pecase ignorando, no sería justo sufrir la pena⁹⁵. El acto propio del libre albedrío es la elección: seremos partícipes de salvación o de perdición, «no por la naturaleza del alma o del cuerpo, sino por el libre albedrío (γνώμη) que puede elegir lo uno o lo otro»⁹⁶.

Los efectos del pecado

Acabamos de ver cómo la libertad humana, cuando el hombre abusa de ella, se convierte en causa del pecado. Ahora, al tratar de los efectos del pecado, analizaremos que es precisamente esa libertad la que queda debilitada por el pecado. Esa consecuencia la hemos

91. Cfr. PG 60, 486: οὐκ ἀπὸ τῆς οἰκείας δυνάμεως, ἀλλ' ἀπὸ τῆς σῆς ῥαθυμίας.

92. Cfr. PG 60, 486: οὐ βία καὶ ἀναγκὴ κατεχόμεθα ὑπὸ πονηρίας, ἀλλ' ἐχόντες.

93. Cfr. PG 60, 425: προαιρέσεως τὸ πτῶμα, οὐκ ἀνάγκης τὸ ἔγκλημα. Según SCHELKLE, *o.c.*, p. 75, el Crisóstomo parece ser el único entre los Padres de la Iglesia, quien utiliza la expresión πειδομένοις en Rom 2,8 como prueba escriturística para demostrar la responsabilidad propia del hombre frente al pecado.

94. Cfr. PG 60, 509.

95. Cfr. PG 60, 508: οὐδεὶς γὰρ οὐδέποτε ἐν ἀγνοίᾳ ἥμαρτεν. (...) εἰ γὰρ ἀγνοοῦντες ἥμαρτανον, οὐδὲ δίκην ἦσαν ἄξιοι δοῦναι.

96. PG 60, 518.

observado ya, como en un caso ejemplar, al estudiar el pecado original. Estudiaremos ahora cuáles son los efectos del pecado personal, limitándonos a aquellos que hacen más referencia a la libertad humana⁹⁷.

La esclavitud del pecado

Uno de los puntos en los que el Crisóstomo, siguiendo muy de cerca a San Pablo, suele insistir con más frecuencia es en que el pecado esclaviza al hombre. Así, comentando Rom 6,16, nuestro autor afirma que de momento quiere hablar, no ya de la pena del infierno que espera al pecador, sino sólo de la vergüenza que supone entregarse libremente a la esclavitud del pecado⁹⁸. El pecador, al negarse a servir a Dios, da a entender que prefiere alistarse como soldado bajo el régimen del pecado. Ahora bien, atendiendo sólo a la diferencia de dignidad entre los dos señores, ese modo de actuar no merece excusa alguna⁹⁹.

El Apóstol afirma expresamente que los romanos, antes de ser cristianos, «eran esclavos del pecado» (Rom 6,20). Comenta el Crisóstomo que vivían esa esclavitud con una obediencia tal que no hacían en absoluto nada bien; ya que no dividían su esclavitud, sirviendo en parte a la justicia, en parte al pecado, sino que se habían entregado del todo a la maldad¹⁰⁰.

La esclavitud que el pecado lleva consigo se ve más claramente aún en el caso del vicio. Quien lleva una vida disoluta y cómoda, parece quizá ser muy feliz, pero de hecho es un pobre desgraciado, ya que con los vicios ha introducido en su alma unos tiranos durísimos. Por eso, Dios nos ha hecho esa vida aquí laboriosa, para librarnos precisamente de ese tipo de esclavitud y llevarnos a la verdadera libertad¹⁰¹. Lo peor del vicio es que el pecador no se da cuenta de la gravedad de su situación: el mismo vicio le ciega. Es como un borracho que no sabe lo mal que huele el vino cuando se pudre. De ahí lo difícil que es salir de esta situación¹⁰².

97. Dejamos de lado, por tanto, todo lo que el Crisóstomo dice acerca de la pena eterna debida al pecado.

98. Cfr. PG 60, 488.

99. Cfr. PG 60, 487.

100. Cfr. PG 60, 495.

101. Cfr. PG 60, 473.

102. Cfr. PG 60, 490.

Volviendo otra vez a la vida pasada de los romanos (cfr. Rom 6,21), el Crisóstomo comenta que si la esclavitud de ellos era tal que incluso ahora su mero recuerdo les da vergüenza, mucho más vergonzosa tenía que ser la esclavitud misma. Pero lo peor era que entonces ni se daban cuenta de eso ¹⁰³.

El Crisóstomo resalta también esa fealdad intrínseca del pecado que rebaja la dignidad humana, al comentar el culto idolátrico de los paganos. Habiendo los hombres rechazado a «Dios que quiso elevarlos por encima del cielo, el diablo procuró por todas partes rebajar al hombre al culto de los reptiles y sujetarlo a los animales irracionales» ¹⁰⁴. Esa historia de los gentiles demuestra muy bien cómo el pecado, teniendo su principio en la soberbia, en no querer recorrer el camino señalado por Dios, acaba sumergiendo al hombre en la estupidez de la idolatría ¹⁰⁵.

Siguiendo a San Pablo que, con frecuencia llama al pecador «hombre viejo», el Crisóstomo afirma que el pecado lleva al hombre a la vejez y a la muerte. Y así como la vejez disuelve el cuerpo y lo expone a muchas enfermedades, más graves aún son los daños que el pecado hace al alma. Mientras que las almas de los justos rejuvenecen cada día y permanecen siempre en la flor de la edad, en todo momento dispuestas a la lucha, los que viven en pecado son una presa fácil para el diablo y caen en la más mínima batalla: porque no ven bien, no oyen bien, no pueden hablar bien ¹⁰⁶.

Esos efectos del pecado que acabamos de señalar y que podríamos llamar inmediatos o intrínsecos, nos revelan ya con claridad meridiana que el pecado es el verdadero enemigo de la libertad humana ¹⁰⁷. Habiendo rechazado a Dios como fin último, el hombre se convierte a las criaturas, las cuales, por otra parte, nunca pueden saciar sus ansias de felicidad ¹⁰⁸; negándose a servir a su Creador, se entrega al servicio de lo que es inferior a sí mismo, rebajando su propia dignidad ¹⁰⁹. El pecado, además, suele engendrar nuevos pecados: deja una huella en el alma, cegando la inteligencia para no reconocer su error ¹¹⁰ y endureciendo la voluntad en el mal, haciendo

103. Cfr. PG 60, 495.

104. PG 60, 414.

105. Cfr. PG 60, 413.

106. Cfr. PG 60, 481.

107. Cfr. PG 60, 440.

108. Cfr. PG 60, 503.

109. Cfr. PG 60, 486.

110. Cfr. PG 60, 413 y 490.

el vicio de alguna manera connatural ¹¹¹. Así, aunque queda siempre, mientras estamos en la tierra, la posibilidad de cambiar ¹¹², sin embargo el ejercicio recto de la libertad es cada vez más difícil ¹¹³.

111. Cfr. PG 60, 504.

112. Cfr. PG 60, 590.

113. Cfr. PG 60, 481.

